

envainar la espada para castigar á los que turbasen la paz cristiana (1).

Es inútil insistir y acumular testimonios; la política de los Papas no ha variado nunca sobre este punto, y los hechos les dieron al parecer la razón. Se reunían en Alemania dietas sobre dietas, y las deliberaciones no daban más resultados que robustecer el protestantismo y arruinar la autoridad de la Iglesia y del Imperio. ¿Por qué Carlos V fué sordo á la voz de los soberanos Pontífices? Un historiador moderno ha seguido paso á paso las fluctuaciones de la política del Emperador; unas veces lo presenta deseando la exterminación de la secta luterana, otras Ranke hace ver que retrocede ante la guerra por interés político; según él, Carlos V llegó á pensar en mantener la unidad cristiana haciendo algunas concesiones á los protestantes, y hasta deseó una reforma profunda, pero pacífica, por medio de un concilio. Creemos que Carlos V, después de haber engañado á los protestantes de Alemania, sigue engañando á la posteridad. Los historiadores alemanes, en su elevada imparcialidad y excesiva buena fe, se hacen ilusiones respecto del objeto que se proponía el Emperador á través de su tortuosa política. Mientras no se sale de los límites del Imperio de Alemania, es posible creer que Carlos V quería la paz y la unidad de la cristiandad por medio de conciliaciones y transacciones; pero cuando se sale del sacro Imperio y se ve lo que hizo en los Países Bajos, se adquiere la convicción de que, si no destruyó la Reforma por medio del hierro y del fuego, como el Papa pedía, fué por impotencia.

II.

Apénas formulado el edicto de Worms, Carlos V lo publica en los Países Bajos. Las ordenanzas se suceden de año en año con creciente severidad. La de Malinas de 1526 recuerda la prohibición de imprimir los escritos de los reformadores y la orden de

(1) *Epistola BRENTII*, 1530 (BRETSCHNEIDER, *Corpus reformatorum*, t. II, página 120).

quemarlos, so pena de destierro. En 1529 vemos por un edicto fechado en Brusélas que la herejía se multiplica de día en día, que no se hace caso de las penas, *probablemente á causa de la exigüidad de éstas*; el Emperador renueva, por consiguiente, la prohibición de imprimir, vender, repartir, leer, conservar libros heréticos, predicar, sostener en público ó en secreto las doctrinas luteranas, celebrar conciliábulos ó asambleas, hacer imágenes ó retratos en ofensa de la bendita Virgen María ó de los santos. La pena de muerte sanciona todas estas prohibiciones; los relapsos perecerán por el fuego; los demás por la espada, si son hombres; en la fosa, si son mujeres: este sistema penal termina «poniendo sus cabezas, para escarmiento y memoria, en una picota.» En 1531 nueva ordenanza de Brusélas. Las penas, aunque más duras y rigurosas, han sido inútiles; el Emperador agrega otras contra los que propagan los libros de Lutero: «Se los marcará con un hierro candente en forma de cruz y de una manera indeleble; se les sacará un ojo ó se les cortará una mano, á discreción del juez.» En 1540, 1544, 1546 se repiten nuevamente estas penas, aún cuando el legislador se ve obligado á confesar que los sectarios arrostran el hierro y el fuego (1). Las leyes de Carlos V, como dice uno de nuestros antiguos historiadores, eran verdaderas leyes de sospechosos (2). Hacía falta todavía un tribunal de sangre para aplicarlas. En 1550 aparece un edicto para el establecimiento de la Inquisición en los Países Bajos. Se ha discutido mucho sobre si Felipe II tenía el proyecto de introducir en Bélgica la Inquisición española. Se olvida que la Inquisición data del tiempo de Carlos V; aún cuando no tuvo la organización que por circunstancias especiales alcanzó en España, era tan cruel como ésta. Un historiador belga hace esta observación (3). En el año 1522 el Emperador estableció un inquisidor general y Adriano VI lo confirmó. Habiéndose hecho odioso este émulo de Torquemada, fué

(1) PLACCAETEN VAN VLAENDEREN, t. I, p. 88, 103, 107, 113, 122, 129, 134.

(2) *Memorias de FRANCISCO DE ENZINAS*, publicadas por CAMPAN, *Brux.*, 1862, t. I, p. 134.

(3) *Memorias de SANTIAGO DE WESEMBEKE*, p. 88: «Apénas hay diferencia de la una á la otra, más que en cuanto tiene á bien moderarla la humanidad del obispo y del inquisidor ó de sus delegados.»

sustituido con inquisidores particulares; Clemente VII extendió sus poderes. Se conservan las instrucciones con arreglo á las cuales procedían; en ellas se ve por qué crímenes se enviaba á los protestantes á la hoguera; no creer en el purgatorio, no creer que San Pedro fué el príncipe de los apóstoles y que el Papa es el Vicario de Jesucristo; hé aquí los errores, si es que errores son, que la Iglesia convertía en crímenes capitales (1).

En Alemania el edicto de Worms siguió siendo una vana amenaza: en los Países Bajos las repetidas ordenanzas contra los herejes recibieron sangrienta ejecución. *Erasmo* dice que Carlos V comenzó la obra del verdugo; en otra ocasión escribe que el verdugo funcionaba admirablemente en Holanda (2). Mientras se deliberaba en las dietas de Alemania, se quemaba á los reformados en Brusélas y Ambéres, y como siempre, los suplicios fueron la semilla de la herejía. *Grocio* dice que en el reinado de Carlos V perecieron más de 100.000 protestantes (3). Esta carnicería es tan espantosa que la posteridad se ha resistido á creer al historiador holandés; sin embargo, su testimonio está confirmado, en parte al ménos, por los embajadores venecianos, que son los más bien informados de todos los contemporáneos (4). A pesar de estas pruebas dudamos de la exactitud de las cifras; pero ¿qué importa? Estas narraciones, aún suponiéndolas exageradas, demuestran que la persecución fué cruel en los Países Bajos. ¿Por qué Carlos V no encendió hogueras en Augsburgo como las encendió en Ambéres? Su confesor nos dirá si fué por tolerancia.

El cardenal confesor escribe á su señor que no hay más que dos medios de reprimir la Reforma; los favores para los grandes y la violencia para las masas: ésta es, dice, opinión unánime del Sacro Colegio. Estas gentes de Iglesia, que siempre están hablan-

(1) GACHARD, *Correspondencia de Felipe II*, t. I, Prólogo, p. 108 y sig.—*Memorias de HOPPERUS*, publicadas por WAUTERS, p. 297.

(2) ERASMI *Epistol.*, p. 963, 1429: «*Coepta est carnificina..... In Hollandia mire viget carnificina.*»

(3) GROTIUS, *de reb. belgic.*, lib. I, p. 12.

(4) NAVAGERO escribe en 1546 que habian perecido en los Países Bajos 30.000 protestantes (ALBERI, *Relazioni*, I, I, p. 359). Otro embajador escribe en 1562 que habian perecido 36.000 herejes (RANKE, *die römischen Päpste*, t. II, p. 17, nota).

do de caridad, dan consejos sanguinarios con admirable frescura, mezclándolos con chistes dignos de un inquisidor ó de un verdugo. El citado cardenal hace uso de comparaciones tomadas de la medicina; la hoguera es, segun él, el mejor ruiubarbo. El confesor no quiere concilio; está convencido de que ésta es una astucia del enemigo, y que los protestantes saldrian del concilio más herejes que entrasen. Sin embargo, el cardenal no considera las cosas únicamente desde el punto de vista de la Iglesia; consejero de un gran príncipe, dice que la violencia, por legítima que sea, no debe emplearse sino con probabilidades de éxito. Carlos V no puede pensar en combatir á los luteranos mientras se halle en guerra con los Turcos y con el Rey de Francia. Es preciso celebrar una tregua con los primeros y una alianza con el segundo; entónces el Emperador tendrá las manos libres contra los príncipes alemanes. Y si le falta la fuerza necesaria para la destrucción de la herejía, debe usar de moderación y transigir (1).

Hé aquí toda la política de Carlos V. En apariencia negocia, busca un medio de transacción; abunda en las ideas de los protestantes; pide con ellos la reforma de la Iglesia; insiste para que se convoque un concilio, y hasta se encuentra dispuesto á hacer concesiones sobre el dogma. ¡Diplomacia y doblez! El Emperador no trata más que de engañar, de ganar tiempo, de adormecer á sus enemigos, hasta que llegue el momento de dar el golpe. Esto no quiere decir que Carlos V haya sido el instrumento ciego de las pretensiones de Roma. Hubiera apoyado con gusto una reforma que hubiera debilitado al Papa y engrandecido al Emperador; pero no pensó nunca en una conciliación sincera de ambas confesiones; su objeto era el que le recomienda el cardenal confesor, la destrucción del protestantismo por medio de la violencia. Escribe á su hermano Fernando «que no consentirá nunca que se cambie ó que se altere, sea en lo que fuere, la fe cristiana en Alemania» (2); dice «que no tratará con los protestantes sino en cuanto se vea obligado á ello» (3). Por consiguiente, debía que-

(1) HEINE, *Briefe an Kaiser Karl von seinem Beichtvater*, p. 358, 372, 377, 378.

(2) BRADFORD, *Correspondance of the Emperor Charles V*, p. 240.

(3) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. II, p. 122.

rer la guerra, único medio de volver á los reformados al seno de la Iglesia. En vano protestó de que no trataba de violentar la fe (1); estas protestas se dirigian á la buena fe alemana; las promesas y los juramentos no han sido nunca un obstáculo para los católicos, tratándose de sus intereses, ó como ellos dicen, de la causa de Dios. Fernando escribió á su hermano que podía castigar á los protestantes á pesar de las promesas que les había hecho, porque lo que se había ofrecido á los protestantes no debía ser útil á los rebeldes (2). Carlos V no necesitaba de los consejos de su hermano: «*Cuando se trata de la religion, dijo á Francisco I, no hay palabra que obligue*» (3). Mientras entretenia á los Alemanes con buenas palabras, no perdía un instante de vista el fin supremo de su política, la causa del catolicismo íntimamente ligada con el engrandecimiento de la casa de Austria.

Carlos V no firmó un tratado sin insertar en él alguna cláusula hostil á los protestantes. Es cierto que la rivalidad del Emperador y del Rey de Francia fué ajena á la religion; ambos monarcas se disputaban la preponderancia en la cristiandad, y ni Francisco I ni su rival pensaban en ponerse á la cabeza del partido de la Reforma. Sin embargo, aquellas guerras se rozaban con intereses religiosos, puesto que impedían á Carlos V emplear sus fuerzas contra los protestantes; por esto el Emperador tuvo cuidado de estipular en los tratados de paz el apoyo del Rey de Francia para el restablecimiento de la unidad cristiana. El tratado de Madrid tenía por objeto «*dirigir las armas comunes de todos los reyes, príncipes y potentados cristianos á la repulsion de los infieles y á la extirpacion de los errores de la secta luterana y demas sectas reprobadas*» (4). La misma estipulacion aparece en el convenio entre el Emperador, el Papa y el Rey de Inglaterra. La posesion del ducado de Milan fué la ambicion de toda la vida de Francisco I; aun cuando aquellos proyectos de conquista no tuviesen nada que ver con la lucha del catolicismo y del

(1) GRANVELLE, t. II, p. 345. *Carta al Conde de Roux*, en Alemania.

(2) BUCHHOLTZ, *Fernando II*, t. III, p. 432.

(3) GRANVELLE, I, 587: «*Tratándose en todos los sucesos de nuestra santa fe, es claro que no hay alianza alguna que deba ser tenida en consideracion.*»

(4) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, IV, 1, 399.

protestantismo, Carlos V, en las largas negociaciones que provocaron no olvidó ni un instante los intereses de la religion; queria que el Rey de Francia se obligase á favorecer el concilio que, segun el Emperador, debía obligar á los protestantes á volver á la unidad católica; pedía que Francisco I le ayudase á reducir la Inglaterra á la obediencia de la Iglesia romana; por último, contaba con el apoyo de su aliado para reducir á la ciudad de Ginebra á la fe de Roma (1). Estos planes fracasaron por perjudicar á los intereses del Rey de Francia; éste era protector nato de los protestantes por la excelente razon de que el protestantismo debilitaba á su rival. En 1545 el Emperador, gracias á la increíble ceguedad de los príncipes alemanes, arrastró al imperio á una guerra contra la Francia. ¿Cuál fué el primer pensamiento del vencedor? Un artículo secreto del tratado de Crespy estipuló que Francisco I habia de volver sus armas contra los protestantes que habian ayudado á Carlos V á vencer.

Hacia el mismo tiempo las negociaciones con la Santa Sede, apenas interrumpidas por la política de Clemente VII, hostil al engrandecimiento del imperio, produjeron una alianza del Papa y del Emperador, que estuvo á punto de ser fatal al protestantismo. Ya en el año 1529 Clemente VII, Carlos V y Fernando convinieron en Barcelona en emplear primeramente medios de persuasion para traer á la obediencia á los partidarios de Lutero; esto era una pura formalidad, porque el Papa y el Emperador sabian muy bien á qué atenerse: el tratado añadía, y ésta era la cláusula esencial, que, si los herejes se obstinaban en sus errores, se haria uso de la fuerza para vengar la injuria hecha á Cristo (2). El Santo Padre se obligó á hacer un llamamiento á todos los príncipes cristianos para que tomasen parte en aquella nueva cruzada. En 1530 el tratado fué renovado en Bolonia (3). En 1533

(1) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. II, p. 402, 403, 406.

(2) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, IV, 1, p. 5: «*Quod si pastoris vocem non audiverint, Cæsarisque mandata neglexerint, et in hisce erroribus obstinati et pertinaces permanserint, tam Cæsar quam Hungaria et Bohemia reo contra illos eorum potestatis vim distringent, illatamque Christo injuriam pro viribus ulciscuntur.*»

(3) GUICCIARDINI, *Historia de Italia*, lib. XIX, c. 5.

el Emperador y el Papa firmaron en la misma ciudad una alianza cuyo objeto principal era, como siempre, la reduccion de los protestantes; celebraron igualmente una liga con las potencias italianas, dirigida contra los que desertasen de la fe católica ó atacasen la autoridad de la Santa Sede. En 1541 Pablo III y Carlos V negociaron en Luca sobre un proyecto de alianza contra los protestantes (1); las negociaciones dieron resultado en 1546; un tratado entre el Papa y el Emperador encendió la primera guerra de religion. El Papa se obligó á suministrar tropas y dinero, el Emperador á reunir todas sus fuerzas para traer á los luteranos y á los herejes de todas las sectas á la antigua y verdadera religion y á la obediencia de la Santa Sede (2).

Los apologistas de Carlos V y los defensores de la Iglesia pretenden que la guerra de Esmalcalda no fué una guerra de religion, sino una guerra política (3). Es verdad que Carlos V protestó en sus actas públicas de que no trataba de violentar las convicciones religiosas; que queria restablecer la unidad cristiana, no por la fuerza de las armas, sino por medio de un concilio libre; que si acusaba á los príncipes alemanes ante el Imperio, no era como protestantes, sino como enemigos de la autoridad imperial (4). ¿Se debe creer en la sinceridad de sus palabras? El Emperador tenía interes en engañar á sus contemporáneos; queria dividir á los protestantes, ofreciendo un pretexto á aquellos á quienes la ambicion atraia á su partido, y consiguió su objeto. Pero la posteridad no se deja seducir tan fácilmente. En vano los hombres del pasado tratan de hacer recaer la responsabilidad de la sangre derramada sobre los enemigos de Carlos V: el texto mismo de los tratados desmiente las protestas públicas del jefe del Imperio. Se lee en la alianza celebrada en 1546 entre Carlos V y el duque de Baviera «que el Papa habia invitado incesantemente al Emperador á recurrir á las armas contra los protestantes, y que ya

(1) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. II, p. 2 y 18.

(2) RAYNALDI *Annales*, a. 1541, § 53; 1546, § 94.

(3) F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über neuere Geschichte*, leccion XIV (Obras, t. XI, p. 243).

(4) Carta de Carlos V á los Suizos, en LANZ, *Correspondenz Kaisers Karl V*, t. II, p. 512, 513, 495.—Carta á las ciudades libres, *ib.*, p. 498.

no quedaba otro medio de atraerlos á la fe católica más que la fuerza» (1). El tratado entre el Emperador y el Papa es igualmente explícito (2). Pablo III no vaciló en hacer patentes las verdaderas causas y el verdadero objeto de la guerra; invitó á todos los fieles á que implorasen el apoyo del cielo por medio de oraciones y ayunos (3). El Papa tenía miras diferentes de las de Carlos V; esperaba hacer de la guerra contra los protestantes de Alemania una cruzada general contra la Reforma. Escribió á Francisco I, exhortándole á tomar parte en la coalicion: «Los protestantes, dice, hacen una guerra impía á Dios, desprecian el concilio general, cosa que nunca se ha atrevido á hacer ningun rey por poderoso que fuera; no es posible curar sus almas. Hay que sujetar por la fuerza á aquellos á quienes no ha podido convencer la palabra. Todos los príncipes cristianos están obligados á tomar parte en esta liga sagrada» (4). Pablo III escribió en el mismo sentido al Rey de Polonia, al Dux de Venecia y á los Suizos (5). El Emperador se quejó del celo poco meditado de su aliado, y dijo que comprometia la causa por que tomaba las armas (6). Carlos V no alimentaba la vana esperanza de una cruzada contra el protestantismo; él mismo ha cuidado de explicarnos su política páfida en sus cartas confidentiales. Confiesa que la rebelion de los príncipes contra el Imperio era el pretexto de la guerra; no esperaba siquiera que este ardid grosero engañase por mucho

(1) «*Cum sanctissimus D. Paulus III casaream majestatem sæpissime hortatus sit, quo necessarium armorum remedium huic malo adhiberet.....*» (LANZ, *Correspondenz*, t. II, p. 649.)

(2) «*Ut casarea majestas cum auxiliis pontificiæ sanctitatis in expeditionem educat omnes copias suas summo virium molimine adversus protestantes..... ut ad veram et antiquam religionem et obsequium sedis apostolicæ revocentur*» (RAYNALDI, 1546, § 94).

(3) Bula de 15 de Julio de 1546.

(4) LE PLAT, *Monumenta*, III, 437.—RAYNALDI, 1546, § 96.

(5) LE PLAT, *Monumenta*, III, 439-466.—RAYNALDI, 1546, § 97 y sig.

(6) PALLAVICINI, *Hist. Concilii tridentini*, IX, 3, 6. «*Querebatur Cæsar, pontificem scriptis ad Helvetios et ad Gallicæ regem literis expeditioni obfuisse, cum per eas palam fieret, bellum non ea sola gratia susceptum, ut protestantes ob contumaciam in imperium plecterentur, sed ut ad veterem religionem adigerentur.*»

tiempo á los protestantes, pero contaba con que sirviese para dividirlos, ó al ménos para dificultar su union (1).

III.

Cárlos V hizo la guerra á los protestantes como patrono de la Iglesia, como defensor de la fe (2). Le fué muy fácil triunfar de los príncipes alemanes; si hubiera recogido el fruto de la victoria, la Reforma hubiera perecido. ¿Quién salvó al protestantismo? La Providencia, y bajo el punto de vista humano, la ambicion de Francisco I y de Soliman. No consideraremos como un título de gloria de Francisco I el apoyo que prestó á los protestantes de Alemania; la política únicamente le inspiró. Si Cárlos V hubiera querido satisfacer su sed de engrandecimiento, se hubiera visto al defensor de los luteranos unirse con el emperador para destruirlos. No por esto deja de ser cierto que la rivalidad de la Francia y de la casa de Austria fué un auxilio que la Providencia envió á la Reforma, demasiado débil para defenderse con solas sus fuerzas. Cárlos V lo confesó más de una vez (3), y los contemporáneos lo han notado ántes que la filosofía de la Historia. «La rivalidad de la Francia, dice Marino Giustiniano, impide á Cárlos V reducir á los protestantes por medio de las armas; si les hiciese la guerra, Francisco I acudiría en su auxilio y atacaría al Emperador en los Países Bajos ó en Italia, ó lanzaría los Turcos contra el Imperio.» El enviado veneciano deduce que Cárlos V no podía pensar en la fuerza más que cuando estuviese seguro del apoyo ó de la neutralidad de la Francia (4).

(1) Carta á la reina María, en LANZ, *Correspondenz*, t. II, p. 488.— Carta á Fernando, *ib.*, 526, 529.

(2) En los archivos imperiales se halla una opinion sobre la cuestion de saber si los protestantes, como herejes y cismáticos, pueden ser convertidos por fuerza. Se contesta que esto es lícito y necesario; el Emperador tiene derecho á ello como patrono y defensor de la Iglesia, y debe hacerlo, porque la herejía amenaza invadir la Alemania y toda la cristiandad. (BUCHHOLTZ, *Fernando*, t. v, página 501.)

(3) *Carta de Cárlos V á Fernando* (LANZ, I, 450).—BAYNALDI, 1541, 3.

(4) ALBERI, *Relazioni*, I, 2, p. 138.

Los Turcos, esos enemigos mortales del nombre cristiano, fueron, como la ambicion de Francisco I, un arma de que se sirvió la Providencia para dar á la humanidad la libertad religiosa. Esto no es una paradoja, un sistema histórico basado en hipótesis; es positivo que el temor incesante que los Turcos inspiraban á la Alemania y á la Italia obligó al Emperador á contemporizar con los protestantes. La gobernadora de los Países Bajos escribió á Cárlos V: «Sería bueno encontrar algún expediente respecto de las herejías, para quitar á los Alemanes el temor de ser castigados y corregidos; de otra manera es de temer que pongan más dificultades para contribuir á esta expedicion, y sería difícil, tal vez imposible, resistir á la vez al Turco y pensar en los herejes» (1). Cárlos V escribió á su hermano que era preciso disimular y contemporizar con los reformados, mientras no se hubiera desembarazado de los Turcos (2). Por su parte los protestantes aprovecharon el apuro de Cárlos V para arrancarle una tolerancia, al ménos provisional (3).

Los embajadores venecianos tienen, pues, razon al decir que la Francia y los Turcos eran los aliados naturales de los protestantes. Más interesados que nadie, los príncipes alemanes hubieran debido conocer mejor aún que su única esperanza estaba en la rivalidad de Francisco I y en la ambicion de Soliman. Pero carecian tan completamente de genio político, que se les vió ayudar al Emperador, su enemigo, á combatir á Francisco I, su amigo; llevaron su inocentada hasta negociar la paz con el rey de Dinamarca, á fin de separarlo de la alianza francesa. ¿Cómo explicar esta conducta incalificable? Porque Francisco I se habia unido con Soliman contra el Imperio (4). Los protestantes se negaban á ver, lo que era claro como la luz del dia, que los Turcos eran un apoyo que Dios mismo les enviaba. Cuando el Emperador se humilló hasta pagar un tributo anual al Sultan, para obtener una tregua,

(1) LANZ, *Correspondenz*, I, 345.

(2) LANZ, *Correspondenz*, I, 432.

(3) LANZ, *Correspondenz*, II, 332: «Sin una seguridad por veinte, quince ó diez años y no ménos, ellos no querrán contribuir á la resistencia (contra los Turcos).»

(4) ALBERI, *Relazioni*, I, 1, p. 69-71.

los espíritus previsores no dudaron ya de que tenía la intención de destruir el protestantismo (1). Pero los príncipes protestantes siguieron ciegos hasta el fin, aún cuando se trataba ya de su existencia y del porvenir de la Reforma; llegaron hasta rechazar los ofrecimientos de los reyes de Inglaterra y de Francia, cuando ya Carlos V estaba armando. El Duque de Sajonia ponía toda su confianza en Dios; olvidaba, y con frecuencia olvidan los Alemanes, que Dios no ayuda más que á los que se ayudan. Por último, cuando estalló la guerra, algunos príncipes protestantes abrazaron el partido del Emperador, dejándose persuadir de que no se trataba de la religion; esto ya no era buena fe, sino necedad ó traición.

La Reforma hubiera concluido á no ser por la desmedida ambición de Mauricio, protestante en el nombre, y en realidad indiferente á las cuestiones de religion. El mismo solía decir que hubiera abrazado el partido del Papa, si hubiera encontrado ventaja en ello (2); despues de haber salvado el protestantismo, se le vió hacer alianza con obispos y con enemigos jurados de la Reforma por la misma razon de que tenía interes en ello (3). Era un talento político; mostró una sagacidad, mejor dicho, una duplicidad, que no era de esperar en Alemania (4). Mauricio, demasiado débil para luchar con solas las fuerzas de los protestantes contra el poderoso Emperador, buscó aliados donde habia comunidad de intereses. Aun cuando las simpatías religiosas de Inglaterra eran favorables al protestantismo, no podia, bajo un rey niño, tomar una parte seria en las luchas del continente; únicamente Francia era bastante poderosa para sostener la causa de la Reforma. Mauricio negoció con Enrique II; los príncipes alema-

(1) NAVAGERO (ALBERI, *Relazioni*, I, 1, p. 358, dice: «*Credo che finora (1546) designasse di fare la impresa contro a' luterani per stirparli affatto, e pero ch'ei cercasse d'assicurarsi del Turco.*»)

(2) El cardenal de Augsburgo escribe en 1555: «*Diceva Mauritio che se'l papa avesse voluto (es decir, si le hubiese concedido favores) saria stato il primo ad andarli a baciar il piede a Roma, perché egli non si curava della religione, se non in quanto gli tornava a bene* (GRANVELLE, *Papeles de Estado*, IV, 409). No garantizamos la anécdota, pero estas son las ideas de Mauricio.

(3) RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, t. V, p. 324.

(4) Así lo hace observar D'AUBIGNÉ, *Historia Universal*, t. I, p. 15.

nes prometieron ayudar al rey de Francia á recobrar el ducado de Milan; declararon «que encontraban bien que el señor rey se apoderase de las ciudades principales que no eran de la lengua germánica, como Cambrai, Metz, Toul, Verdun y otras semejantes, y las guardase en calidad de vicario del Sacro Imperio.» Esta era una magnífica ocasion para la ambición francesa. El rey se proclamó el defensor de la libertad alemana, «resuelto á emplear en esta guerra todas sus fuerzas, no para su provecho particular, sino para libertar á la Alemania de su miserable condicion y oponerse á que el Emperador llevase á cabo la constitucion de la monarquía á que aspiraba hacia tanto tiempo» (1). Enrique II declaró que iba á dar la libertad á la Alemania, como Flaminio habia emancipado la Grecia (2). La comparacion es más exacta de lo que creía el rey de Francia; si, á pesar de aquel pérfido defensor de su libertad, no perdió la Alemania su independencía, por lo ménos perdió una parte de su territorio. Sin embargo, no pagó demasiado cara la alianza francesa; no pudiendo salvarse por sí misma, tenía que aceptar los auxilios interesados de sus aliados. Los protestantes acabaron por comprender que hasta los Turcos eran sus aliados necesarios, porque eran enemigos de la casa de Austria (3).

Podemos, pues, decir con un historiador de la Reforma, que los Turcos y la Francia han salvado el protestantismo (4). Esto quiere decir que la Providencia dirige las cosas humanas. Los sultanes no trataban seguramente de venir en auxilio de una secta cristiana; ni los reyes que encendian hogueras en París para los partidarios de Lutero y de Calvino, se proponian dar la libertad religiosa á la Alemania. Pero Dios se ha servido de su ambición egoísta para realizar sus planes. La gloria corresponde á Dios y no al instrumento de que se sirve. Si decimos que los hombres son los instrumentos de los designios de Dios, no pretendemos con

(1) MARTIN, *Historia de Francia*, t. VIII, p. 409, 410.

(2) SLEIDAN., *Hist. Reform.*, lib. XXIV.

(3) En 1547 el landgrave de Hesse dice al embajador de Francia que no solamente deseaba la venida del Gran Señor, sino que temia llegase demasiado tarde (RIBIER, *Cartas y Memorias*, t. I, p. 612).

(4) PLANCK, *Geschichte der protestantischen Kirche*, t. II, p. 153.

esto negar su libertad y su responsabilidad. En otra parte diremos cuál fué la política de Francia y de Turquía en el siglo XVI. La Providencia les ha dejado ámplia libertad para conseguir el objeto de su ambición; la Historia las juzgará por sus intenciones y por sus actos.

La lucha contra el protestantismo dió por resultado la paz de Augsburgo, es decir, el reconocimiento legal del protestantismo en la patria de Lutero. Los historiadores católicos han censurado con viveza á Carlos V las concesiones que hizo á la herejía (1). Creemos que no merece estas censuras. La paz de Augsburgo consagra un principio que el Emperador no podía admitir; no la libertad religiosa, en la cual no se pensaba aún en medio del siglo XVI, sino la ruptura de la unidad cristiana. Ahora bien, el propósito constante de Carlos V era hacer volver á los protestantes al seno de la Iglesia, ya por medio de las armas, ya por medio de un concilio; si les concedió alguna tolerancia, nunca fué en su intención más que una concesión provisional. La paz de Augsburgo hizo más: declaró que los protestantes disfrutarían de la paz de religión, aún cuando no se restableciese la unidad cristiana (2): esto era lo mismo que declararla disuelta, y por consiguiente, proclamar la decadencia del Pontificado, cuyos destinos estaban íntimamente unidos con los del Imperio. Carlos V, emperador, defensor nato de la Santa Sede, no podía resignarse á romper la unidad cristiana; dice y repite en sus cartas íntimas que su conciencia no se lo permite (3). Así es que se negó cons-

(1) RAYNALDI *Annales*, a. 1, 1555, § 5: «*Qua sanctione Carolus V partem de Lutheranis victoriam penitus prostravit, fructumque omnem corrumpit.*»

(2) El convenio de Passau dice: «*Ubi autem nulla concordia consequeretur, nihil tamen secius predictæ induciæ ad supremum concordia terminum suas habeant vires, perpetuoque valeant atque consistent.*» (LE PLAT, *Monumenta*, IV, 562.)—La paz de Augsburgo dice: «*Unde soll die strittige Religion nit anderst dan durch christliche, freundliche, friedliche Mittel und Wege zu einhelligen christlichen Verstand und Vergleichung gebracht werden.*»

(3) *Carta de Carlos V á Fernando* (LANZ, III, 321): «Puesto que dicha tregua dura, ya resulte conformidad en dicha cuestión religiosa ó no, yo quedaria obligado á consentir perpetuamente y sin remedio las herejías, y pudiera sobrevenir tiempo y ocasión en que mi conciencia me obligase á lo contrario, y desde ahora para entónces tendria escrupulo.» *IB.*, p. 325: «No quiero obligarme á dejar perpétuamente sin remedio las cuestiones de religión.»

tantemente á tomar parte en las deliberaciones de la dieta de Augsburgo; abandonó esta negociación á su hermano el rey de los Romanos (1). Fernando mismo no firmó la paz con buena fe; hacía las reservas de un vencido que se resigna con su derrota, pero piensa entablar nuevamente la lucha en cuanto las circunstancias se lo permitan. En este sentido escribió á Carlos V: «Es preciso aceptar las condiciones de los protestantes por causa de la Francia y de la Turquía; pero, cuando ya no haya peligro por esta parte, no faltará una ocasión para castigar á los rebeldes como merecen» (2). Carlos V también tenía sus restricciones mentales; no tomó parte en la dieta de Augsburgo, para que la falta de su firma le quitase todo su valor. Hasta cuidó de redactar un acta auténtica en la que «revocaba muy particular y muy ampliamente la paz de religión, firmada por su mano y refrendada por el vice-canciller del Imperio»; quería publicarla, pero cedió á las instancias de su hermano Fernando, el cual le hizo ver que la publicación de la protesta sería su ruina y la de sus hijos (3).

Esta protesta debe reconciliar á los católicos con Carlos V. Si no hizo más, es que la fuerza de las cosas era más poderosa que el poderoso emperador; pero no le faltaron buenas intenciones. Las concesiones que se vió obligado á hacer á los protestantes de Alemania fueron para él un motivo de remordimientos; temía «haber expuesto parte de su salvación» (4); y aún manifestó sentimiento, según se dice, de no haber enviado á Lutero á la hoguera en 1521, á pesar del salvo-conducto que le había concedido en Worms (5). Concebimos que los historiadores católicos participen

(1) LANZ, *Correspondenz*, t. III, p. 653.

(2) LANZ, *Correspondenz*, t. III, p. 291. Los enviados del Emperador á Passau le escribieron en los mismos términos: «Aceptad, puesto que es preciso, salvo cuando se presente ocasión el castigar á los rebeldes como se merecen.» (*IB.*, página 309.)

(3) Sabemos este hecho por GRANVELLE (GACHARD, *Felipe II*, t. I, Prólogo, p. 190-192).

(4) GACHARD, *Carlos V*, t. I, p. 298: «Y perdido tanta parte de mi salud» (a).

(5) SANDOVAL, *Vida de Carlos V* (en LLORENTE, *Historia de la Inquisición*, t. II, p. 156).

(a) La palabra *salut*, empleada por el autor, y que en el texto hemos tenido que traducir por *salvación*, no corresponde á la original española *salud*, cuyo equivalente en francés es *santé*, y se refiere al cuerpo, no al alma. (*N. de T.*)

de estos sentimientos: «La negligencia del emperador, dice *Raynaldi*, dió fuerzas á la herejía, al paso que el suplicio de Lutero y de unos cuantos hombres hubiera salvado millares de almas» (1). ¡Pensamientos tan estériles como culpables, como todos los que alimentan los partidarios de instituciones que el tiempo arrastra en su marcha progresiva! Esto es echar de ménos lo imposible, porque la humanidad no puede volver atrás. Esto es oponerse á la vida y al movimiento, porque es una ley de la humanidad el avanzar continuamente.

Desde el punto de vista del progreso debemos condenar la política de Carlos V, debemos negarle un lugar entre los hombres á quienes la humanidad reconocida da el título de *grandes*. Los neocatólicos hacen de Carlos V un ideal, «el tipo del emperador cristiano, el tipo de un grande hombre, desconocido por los hombres; el defensor de la fe y de la unidad religiosa» (2). ¿Cuál es la unidad cristiana que Carlos V queria mantener? La dominación de una Iglesia exclusiva, intolerante por esencia, incompatible con la independencia de las naciones y con la libertad del espíritu humano. La gloria inmortal del protestantismo es el haber quebrantado esta falsa unidad. Carlos V ha querido, pues, sostener una institucion que estaba condenada á morir y que estaba ya muerta en la esfera de las ideas. Si hubiera triunfado, la Reforma hubiera sucumbido con los gérmenes de libertad que contenia en su seno. Bajo este punto de vista no carecen de razon los protestantes al maldecir la memoria de aquél que fué su enemigo irreconciliable; en lugar de ponerle entre los grandes hombres, dicen que merece un lugar distinguido entre los enemigos de la humanidad. Añaden que, si hubiera abierto su alma á las nuevas ideas, la Reforma se hubiera extendido por toda Europa y la faz del mundo hubiera cambiado (3). No pidamos á los príncipes lo que no pueden hacer por las circunstancias en que se hallan colocados. Carlos V era el protector nato de la Iglesia y del cristianismo tradicional; debia ser, pues, el hombre del pasado, el de-

(1) RAYNALDI *Annales*, 1530, núm. 50.

(2) F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über neuere Geschichte*, leccion XI (t. XI, página 211, 216).

(3) EDINBURGH REVIEW, *Januar* 1855, p. 92, 74, 75.

fensor del Imperio y de la unidad cristiana. Así considerado, tiene su mision, como el catolicismo. Esto no impide que la Historia reserve su admiracion para los que guían á la humanidad hácia el término de sus destinos y que la niegue á los que la detienen en su marcha.

§ II.—Felipe II.

N.º 1.—Felipe II, ideal de un príncipe católico.

I.

Felipe II es proclamado como salvador del catolicismo, tanto por sus adversarios, como por sus partidarios. Esta gloria, si es que hay gloria en ello, no es de esas que á veces crean los historiadores, inventando para su héroe un papel de que éste no tenía conciencia. El Rey de España decia de sí mismo: «que era la columna de la Iglesia; que ésta era su mision divina» (1). Los jefes del mundo católico, los vicarios de Cristo, le han concedido el mismo honor. Aunque enemigo encarnizado de Felipe, Pablo IV reconocia «que cuidaba tanto de la religion como otros príncipes de su grandeza; que se inquietaba más por la integridad de la fé católica que los demas por la salvacion de su reino; que tenía en sí el alma de un rey y á la vez el alma de un sacerdote» (2). Pablo IV dijo al embajador de Felipe II que el Rey su señor era el apoyo del catolicismo, y que la única esperanza de la Santa Sede se fundaba en él (3). Este papel de defensor armado de la Iglesia hizo de Felipe en el siglo XVI el nombre más popular y más querido entre las poblaciones católicas. Se hablaba de él como de un enviado de Dios, de un santo, de un segundo Constantino, escogido para llevar á todas partes la bandera del Crucificado y para mantener la paz de la cristiandad conmovida. «Como era el refugio y el apoyo de los católicos, decian, merecia llamarse, no sola-

(1) HANKE, *Fürsten und Völker*, t. I, p. 123.

(2) RAYNALDI *Annales*, 1557, 35.

(3) GRANVELLE, *Papeles de Estado*, t. VI, p. 399.